

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 7 Marzo 1906.

Núm. 14.

Catequística.

(Continuación).

Probado, pues, que Jesucristo tuvo entendimiento, queda indirectamente probado que tuvo voluntad. Mas, para mayor esclarecimiento de verdad tan interesante, daremos también alguna prueba directa.

Prueba clara de la existencia de la voluntad es el amor, que es el acto por excelencia de esta facultad; pues también la voluntad suele en su esencia definirse la facultad de amar el bien y de aborrecer el mal, en cuanto conocidos por el entendimiento. Ahora bien, que Jesucristo amó ¿cómo será posible dudarlo? Su vida entera es vida de amor; los actos de esa vida exhalando andaban los aromas abundantes del amor más puro. El dijo que amaba á Dios, que es por su objeto, y en Jesús lo era también por su intensidad, el más grande y más noble de los amores. Pero no sólo lo dijo, sinó que en prueba lo puso con sus obras, que son, según San Gregorio, y según nuestro castellano adagio, el más perfecto modo de manifestar el amor. En público confesó constantemente y con heroica valentía que amaba á su Padre, esto es, á Dios; y en tal manera lo dijo y lo sostuvo, que por hacerse Hijo de Dios lo entregaron los judíos á Pilatos por blasfemo, y Pilatos lo condenó á muerte; y en esta misma muerte entregó su espíritu en manos de su Padre, en prueba del grande amor que le tenía.

Jesucristo, además, amó á sus discípulos, y en tal grado los amó, que llevó hasta el fin ese amor, es decir, les amó hasta el fin de su vida, ó, como otros quieren, hasta el término del amor, que es amarlos por Dios y para la eterna gloria. Y en verdad, llevó

Jesús ese amor hasta la parte más alta que es dable concebir; que es entregar la vida por los seres amados, aunque éstos sean sus enemigos, como por el pecado eran los hombres enemigos de Jesús. Y ¿quién duda que Jesús dió la vida por sus discípulos y aun por el mundo todo, enemigo suyo hasta entonces? Mas, aunque no hubiera otra prueba del tierno y acendrado amor que profesó Jesús á sus discípulos y en ellos á todo el género humano, que el sermón de despedida que les pronunció en la noche de la cena, bastaría éste para probar tal amor en el más alto grado; pues ese sermón de Jesús es un sermón empapado en el más tierno y más ardiente de los amores.

Otra bien clara prueba de la voluntad de Jesús, es su libertad, de que tantas y tan nobles pruebas dió en el curso de su vida mortal. Pues conocido es que la libertad es una dote de la voluntad, puesto que es la facultad racional ó dote de la voluntad, por lo cual ésta puede elegir una cosa ú otra, obrar esto ó aquello, por propia determinación, y sin que la intrínseca necesidad ni fuerza alguna externa á ello la obliguen. De modo que donde quiera que haya manifestaciones de verdadera libertad, allí hay también voluntad verdadera. Pues que Jesucristo dió abundantes pruebas de su verdadera libertad ¿qué duda cabe? El fué cuando quiso y por que quiso á visitar á Jairo, al centurión, y á Lázaro: El se ofreció, cuando lo creía oportuno, á curar los enfermos, á consolar y alimentar las turbas, ó hacer su triunfante entrada en Jerusalén, y celebrar con sus Apóstoles la festividad de la Pascua. Pero la prueba más luminosa, y más digna de aprecio por nuestra parte, de su verdadera libertad la dió Jesús en los horrorosos trances de su dolorosa pasión.

Cuando los demás hombres suelen perder de lleno, ó tener, por lo menos, profundamente perturbado el uso de su libertad, ya por la fuerza de los suplicios, ya por la vecindad de la muerte que les espera, entonces es cuando Jesús da más brillantes pruebas del dominio que sobre sí mismo tiene, y de la santa y noble libertad de que está adornado. Poder tenía, como Él dijo á sus discípulos, de dar y de no dar la vida por amor á los hombres; poder de dejarse ó no prender por los sayones, poder de dejarse ó no crucificar; y galanas pruebas había dado siempre de tal poder, como veremos al tratar de su divinidad, y las repitió en el momento de ser prendido, cuando con sólo su palabra cayeron en tierra los que le iban á prender.

Pues en esos solemnes y supremos momentos ni por un instante perdió nuestro Jesús su majestuosa serenidad, ni el admirable dominio sobre sí mismo y sobre todo lo que le rodeaba. Aquella grandeza y aquel valor santamente inquebrantable llenaron de aturdimiento á sacerdotes y fariseos, y de asombro y espanto al presidente Pilatos. Y ese valor y esa grandeza de ánimo, unido á la verdadera libertad en sus actos y al pleno señorío sobre los insultos y afrentas que del populacho recibió, los conservó incólumes y heroicos hasta el solemne y supremo momento de su muerte, en el cual pidió libérrima y generosamente perdón por los que con tanta furia le estaban crucificando.

Pues otra prueba, y bien luminosa por cierto, de la voluntad nobilísima de Jesús, es el cúmulo inagotable de virtudes de que dió siempre gallarda muestra. Porque la virtud prueba es innegable de la existencia de la voluntad. Y Jesús practicó todas las virtudes en grado admirable. Profundísima fué su humildad, absoluta su voluntaria pobreza, encantadora su modestia, su caridad sin límites, é infinita su gratitud á su Eterno Padre. Mas ¿á qué hablar de las grandes virtudes de Jesucristo, cuando los mismos que le niegan la cualidad de Hijo de Dios, aseguran que fué el más perfecto de los hombres, y que su vida es la más pura encarnación del ideal de la humanidad? ¡Ciertamente que á los resplandores esparcidos por las heroicas virtudes de Cristo en medio de todos los hombres no se pueden sustraer, aunque tal cosa pretendan, ni los impíos más obcecados; al modo que no se pueden sustraer á la influencia luminosa y calorífica del astro del día!

Tuvo, pues, Jesucristo verdadera voluntad, porque tuvo amor, que es acto de la voluntad; porque tuvo libertad, que es dote de la voluntad; y porque estuvo adornado de todas las virtudes, que radican la mayor parte de ellas en la voluntad, y las que no radican en ella la necesitan, por lo menos, como condición indispensable.

Luego Jesucristo tuvo entendimiento y voluntad, que son las facultades características del espíritu y del alma racional: luego es claro que Jesucristo tuvo alma racional ó espiritual; es decir, alma de igual naturaleza que la de los demás hombres.

Podrá quizá á alguien ocurrírsele una dificultad contra esta consecuencia, y decirnos: Esos actos, con los cuales se pretende demostrar que Jesucristo tuvo alma humana, pudo realizarlos con

su divinidad; pues Dios puede todo lo que pueden las almas humanas y mucho más.

Ciertamente, responderemos, que es así, á lo menos de potencia ó en el orden absoluto. Mas al que tal cosa nos objetara, por el mero hecho de confesar que Jesucristo es Dios, tendríamos que oponerle para probar el alma de Jesús, otro argumento mucho más sencillo, y á la par, mucho más poderoso, y es: la afirmación clara y terminante, y repetida con harta frecuencia, hecha por el mismo Jesucristo de que Él tenía verdadera alma humana. Pues de que esto dijo Jesucristo no cabe dudarlo; y, si se admite que Jesucristo es Hijo de Dios y Dios verdadero, hay que admitir la verdad de sus afirmaciones; pues Dios no se engaña ni nos engaña. Mas, como por ahora no hemos querido hacer uso de argumentos de fe divina, y sí sólo de la profana historia, no hemos acudido á esa prueba fundada en la divinidad de Jesús. Nos bastan las otras.

De todo lo hasta aquí dicho aparece claro que Jesucristo tuvo cuerpo como los demás hombres; aparece también que, como los demás hombres, tuvo verdadera alma humana; y, como del alma hacía uso por medio del cuerpo y con el cuerpo, ni más ni menos que se verifica en el resto de la humanidad, síguese que esa alma y ese cuerpo estuvieron entre sí unidos con la misma clase de unión que están en todos los hombres verdaderos; es decir, con unión sustancial.

Mas, como el ser hombre no significa ni es en realidad otra cosa que el compuesto de alma racional y cuerpo, substancialmente unidos, se deduce bien claramente que Jesucristo fué verdadero hombre. Que es el fin, relativamente último, de toda la precedente argumentación.

Otros múltiples argumentos hay que se refieren directamente al conjunto; es decir, á probar que Jesucristo fué verdadero hombre; fundados los unos en el testimonio de los historiadores, y los otros en las promesas de Dios y en el fin de la Redención. No desenvolveremos ahora estos argumentos, ya porque algunos están desenvueltos al tratar de la existencia de Jesucristo, ya porque los otros se apoyan en el orden sobrenatural de la revelación, en que todavía no ha llegado el momento de apoyarnos. Nos contentaremos con indicarlos solamente.

Así vemos que los escritores sagrados (1), los escritores profanos y hasta las sibilas nos hablan del nacimiento de un hombre extraordinario, libertador de la humanidad, y que ese hombre era Jesucristo. Descríbense sus ascendientes, la época y lugar de su nacimiento, como veremos al tratar del Mesías, los signos y circunstancias que le habían de preceder, de acompañar y de seguir. Descríbense sus persecuciones, su predicación, sus milagros y hasta su carácter y fisonomía; y descríbense, en una palabra, su vida y su muerte con todos sus accidentes. Por hombre le tienen sus vecinos, que se regocijan en su encarnación: por hombre le tienen sus Apóstoles y discípulos que le acompañan en sus excursiones, que le besan sus manos y sus vestidos, y se recuestan en su regazo; y, si, á veces, el miedo les hace tenerlo por fantástico, pronto salen de su engaño y le tienen por verdadero hombre; por hombre le tienen las turbas á quienes alimentaba con el pan de sus prodigios y de su palabra; por hombre le tiene el pueblo judío en pleno, pues á nadie se le ocurrió negarle la naturaleza de hombre: aunque sí le negaron la de Dios: por hombre le tuvieron los que le apresaron con cordeles y le azotaron sin piedad; por hombre le tuvieron los hombres de la ciudad deicida, pues le condenaron á muerte por blasfemo, porque siendo hombre se hacía proclamar como Dios; por hombre le tuvo el débil Pilatos, cuando, al presentarlo á las sangrientas turbas en el balcón de su palacio, les dijo: *Ecce Homo*, Aquí tenéis al hombre, y por hombre le tuvo aquella inmensa multitud que presencié su crucifixión en la cumbre del Gólgota, cuando, llena de inmenso pavor por la conmoción y trastorno de la naturaleza creada, se volvía á Jerusalén, diciendo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios». Hombre le llamó también San Pedro, cuando echó en cara á los judíos el haberlo crucificado, y hombre lo confiesa San Pablo cuando hace aquel hermoso parangón entre el primer hombre terreno, que fué Adán, y el segundo hombre celestial, que fué Jesucristo. No es posible, pues, que ningún individuo tenga pruebas históricas tan patentés en favor de su humanidad, como las que tiene Nuestro Señor Jesucristo.

Las promesas de Dios al pueblo de Israel de enviarle un Re-

(1) No se olvide que aquí los consideramos como escritores profanos; pero dignos de entera fe.

dentor hombre (1), bien claras están en los Sagrados libros y en la tradición del pueblo, y de ellas hablaremos en otra ocasión.

Por último, el fin ordinario y providencial de la redención, según Dios se lo había propuesto en sus inescrutables designios, exigía que el Redentor fuese verdadero hombre. Así lo dice el Angel de las Escuelas con estas palabras:

«En primer lugar, porque parece ser cosa de justicia que quien pecó sea el que deba dar satisfacción (2). Y, por tanto, de la naturaleza corrompida por el pecado debió tomarse aquella, por la cual se habría de dar satisfacción por toda la naturaleza. En segundo lugar, porque contribuye á la mayor dignidad del hombre el que naciera de su linaje el vencedor del diablo, ya que antes había sido por el diablo vencido (*el hombre*). Y en tercer lugar, porque así se manifiesta más de bulto el poder de Dios, al tomar de una naturaleza corrompida y enferma lo que fué (por el mismo Dios) elevado á tanta virtud y dignidad» (3).

Pondremos remate á este ya largo escrito sobre la humanidad de Jesucristo con lo que dice Nicéforo Calixto de su figura corporal: «Fué de gallardo y vigoroso aspecto y de unos siete palmos de talla. Su cabellera era rubia y no muy espesa, declinando suavemente en hondas ó rizos; las cejas negras y poco arqueadas; los ojos llenados brillaban con gracia admirable; la nariz algo prolongada; los pelos de la barba rojos y no caídos. No llegó navaja á su cabeza ni le tocó mano alguna sinó los brazos de su Madre, cuando era Él de tierna edad. Su cuello, sensiblemente inclinado, correspondía á la regular y flexible estatura de su cuerpo. Su cara, entre redonda y aguda, estaba animada de un color trigueño, como era la de su Madre, un poco inclinada hacia abajo y ligeramente rubicunda: bello conjunto de gravedad, de prudencia y de amable suavidad. Su semblante era tan apacible que parecía incapaz de ira» (4).

(1) Que á la vez fuera Dios, como es de suponer.

(2) No el mismo en individuo, pues Jesús es impecable, sinó de mismo linaje.

(3) 3.^a, q. 4.^a, a. 6.^o

(4) *Vida de Jesús*, por D. J. Roca y Cornet.



Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica de Palmas.

Por más certeros que sean los ataques de los hombres contra la verdad Eterna, Jesucristo, no podrán hacer que caiga y desaparezca de nuestras sociedades el dulcísimo y sacratísimo Reinado de Cristo nuestro Señor, porque es más fuerte que todos, porque Jesucristo es Dios, y á Dios no le exterminan los hombres criaturas suyas, y átomos imperceptibles en la grandiosa obra de la creación. La Iglesia nuestra madre, creación maravillosa de Jesucristo, columna y firmamento de la verdad, es la continuadora de su divina misión en la tierra, y, mediante ella, da leyes divinas para que sean observadas por todos los hombres, sin que poder humano pueda coartarla en sus mismas leyes, así como en hacer saber al mundo la verdad revelada, y sin que nadie pueda privarla de guiar á sus hijos por el verdadero camino, que es el camino de la salvación, todo es de la Iglesia, como la Iglesia es de Cristo, y Cristo de Dios, (San Pablo, Cor. 3-22 y sig.) es decir, que nosotros, los cristianos, pertenecemos á Jesucristo, le debemos servir y amar por ser nuestro Señor y Redentor, le debemos gratitud, acción de gracias por los beneficios que hemos recibido, le debemos obediencia y sumisión, así como El mismo, en cuanto hombre, está sometido á su Padre celestial; lo que equivale á decir, que Cristo es nuestro Rey supremo, absoluto y universal, sin que puedan destruir su reinado ni las potestades civiles de la tierra, ni las disputas insensatas de los hombres, ni el furor de todas las sectas, ni en suma todo el odio satánico que se levanta contra Cristo y su reinado con el empeño de hacerlo desaparecer, ni todos juntos los ejércitos de la impiedad, porque Jesucristo lo ha dicho, y sus palabras durarán eternamente: «El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán. (Matth., cap. 24-35).

Esto es lo que en síntesis significa el Evangelio de este día, al narrar al pueblo cristiano la entrada triunfante de Jesús en Jerusalén. En el versículo V nos dice: *Dicite filiae Sion; Ecce Res tuus, venit tibi mansuetus*. San Juan Damasceno interpreta el texto, y dice: Decid á la hija de Sión, Tu Rey, vino por ti, entiéndelo bien, para salvarte, pero si no lo comprendes, viene contra tí, manso, no para ser temido por su poder, sino para ser amado por su mansedumbre. Palabras que concuerdan perfectísimamente con estas de Zacarías Profeta (9-9): Regocíjate mucho, hija de Sión, canta hija de Jerusalén. Mira que tu Rey vendrá á ti justo y salvador; y termina nuestro Evangelio con estas palabras: Hosanna al hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor: Hosanna en las alturas; alábenle los santos ángeles; ¡viva,

viva el hijo de David; Rey de Israel! Aclamación tan debida á Cristo, que si los hombres callaren, se harían las piedras lenguas para publicarlo. (Luc., cap. 19-40).

De la exposición doctrinal de este Evangelio se deduce que Jesucristo es Rey, no con imperio determinado á unas ó á otras criaturas, á tales ó cuales regiones, sino universalmente en todas; sin que haya hombre, ni bueno ni malo, que pueda eximirse de su dominio. Dominará de mar á mar, y desde el río hasta los términos de la redondez de la tierra, y le adorarán todos los reyes de la tierra, todas las naciones le servirán, (Psal. LXXI, v. 8. y sig.) no triunfando los rebeldes, como á veces ocurre en las monarquías terrenas, sino protegiendo y glorificando á los buenos y á los justos quienes son sus vasallos escogidos y en los cuales reina por modo especial, teniendo en ellos sus complacencias; no Rey en lo exterior y visible y por la fuerza de las armas, sino en lo interior de los corazones, con reinado de amor, haciendo dulce violencia á los hombres sin disminuirles en nada su libertad nativa; en una palabra, Jesucristo es Rey; Rey de Dios como le llama David, Rey suyo como le llama el mismo Dios. Rey de Reyes y Señor de los que dominan, como nos dice San Juan (Apoc., 19-10).

Empero, como entonces aconteció con los judíos, acontece ahora con muchos cristianos que no quieren confesar á Cristo como Rey de todo el universo, que reina y gobierna, ó mejor, que debe reinar y gobernar en todos los individuos, en todas las familias, en todas las sociedades, y en todas las naciones; y se hace forzoso que los buenos cristianos, y especialmente los sacerdotes, mostremos al mundo con razones poderosísimas que real y verdaderamente Jesucristo es Rey con dominio absoluto sobre todo cuanto existe, y de especial manera, sobre todos los hombres.

Jesucristo es Rey porque, juntamente con ser hombre, es también Dios, y por consiguiente, goza igual que el Padre, de dominio absoluto, supremo y universal sobre todos los hombres; el que era Dios desde *ab aeterno*, se hizo hombre en el tiempo. Jesucristo es Rey, porque Jesucristo, hombre Dios, es el enviado del Padre para redimir al hombre, para dar á los hombres la verdad y la vida, y por consiguiente recibió del mismo Padre toda la potestad en los cielos y en la tierra, tanto para enseñar, regir y santificar á los mismos hombres, como para llevarlos á la clara é intuitiva visión de Dios en el cielo. Jesucristo es Rey con derecho pleno y perfecto á reinar, no sólo en los individuos, y en las familias aisladamente, sino en las colectividades, ya sean civiles, ya militares, ya eclesiásticas, ó ya de pueblos y reyes. Jesucristo es Rey de los reyes, y en cuanto tal, es Monarca supremo de todos los estados, y tiene derecho á reinar en toda tribu, en toda lengua y en toda nación (Apoc.); ó lo que es lo mismo,

tiene derecho á reinar en las instituciones públicas como en las costumbres privadas; tiene derecho á informar los códigos civiles, lo mismo que las leyes eclesiásticas; tiene derecho á hacerse oír y respetar, tanto en el foro, como en la prensa, tanto en la escuela, como en la universidad, tanto en la plaza pública, como en los templos.

Tiene, por último, derecho á reinar en los individuos, en las familias, en las sociedades y en las naciones todas, sea cual fuese su organización y forma de gobierno. Es menester que reine Cristo, porque su Eterno Padre puso todas las cosas sujetas á su dominio (I Corint., 15-26.) ¡Cuánta sublimidad entrañan estas ideas si quisieran entenderlas los hombres! Distraídos y como absortos en sus codicias y ambiciones, entretenidos con aquellas cosas que les producen placer, no comprenden que Cristo es Rey nuestro por tres razones poderosísimas: primera, por la unión hipostática con la persona del Verbo, en cuyo sentido dice el Real Salmista (71-12): «Bendito sea para siempre el nombre de su gloria. Toda la tierra está llena de su majestad»; segunda, por la Redención; porque nos redimió con su sangre, y esta sangre, derramada en la Cruz nos abrió de par en par las puertas de los cielos, cerradas por el pecado de nuestros primeros padres; y tercera, por razón de los méritos infinitos de Jesucristo, que nos adquirió para librarnos del pecado; y en este sentido hubo de exclamar David: «¡Ah, Señor, tu reino es un reino de todos los siglos, y tu señorío se extiende de generación en generación; y todo esto para hacer conocer á los hijos de los hombres tu poder y la gloria de la magnificencia de tu reino (CXLIV-XII y XIII). Es decir, la magnificencia de tu Iglesia, fundada por Ti con tu sangre.



Explicación de las Virtudes.

(Continuación.)

Mas si es cierto que cualquier sacerdote debidamente autorizado puede ser director de nuestra alma, es también muy conveniente elegir á aquellos que reúnan condiciones más aceptables, pues como dice Sta. Teresa de Jesús (1): «Mucho va de maestro á maestro». ¿Que cuales son esas condiciones? Doctrina, bondad y experiencia.

No quiero detenerme en consideraciones acerca de estas tres prerrogativas en el director espiritual. Solamente inserto las pa-

(1) Camino de perfección, 39.

labras de la Mística de Ávila en confirmación de esta verdad. Respecto de la doctrina, dice (1): «Informaos siempre de personas letradas, que así encontraréis el camino de la perfección con discreción y verdad». Así es que «han de mirar las almas, que buscan á Dios en la oración, que el maestro á quien se entregan, sea tal, que no les enseñe á ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma á sólo cazar lagartijas» (2). Pero no considera suficiente la ciencia, si no está acompañada de la bondad de vida; pues «si los directores no son personas de oración, poco ayudan las letras» (3). Por fin, la Santa encarece la experiencia del director espiritual en estas palabras (4): «Gran tormento y turbación da el topar con un confesor tan cuerdo y poco experimentado, que no hay cosa que tenga por segura; todo lo teme, en todo pone duda, como vé en las almas cosas no ordinarias; en especial si en el alma que las tiene ve alguna imperfección (que les parece han de ser ángeles, á quien Dios hiciere estas mercedes, y es imposible, mientras estuviesen en este cuerpo) luego es todo condenado, ó demonio, ó melancolía».

Mas ¿qué hemos de manifestar al confesor ó director espiritual? Absolutamente todo lo que nos ocurre en orden á nuestra perfección. Los pecados en primer lugar; porque en el Sacramento de la Penitencia encontramos un tribunal verdadero, que nos ha de juzgar é imponer pena, para que Dios no nos condene en el día terrible del juicio particular y general. Todos los pecados, de pensamiento, palabra y obra, los de comisión como los de omisión, deben ser manifestados humildemente y con sinceridad. ¡Ay de aquellos que los ocultan! El Señor rasgará el velo de la conciencia, y aparecerá avergonzado ante el cielo y la tierra el pecador que no quiso descubrir sus culpas en el tribunal de la Penitencia. Todos los pecados quedan perdonados en ese tribunal, porque *Dios confió á los sacerdotes el ministerio de la reconciliación* (5). Todos, por consiguiente, se habrán de declarar, y de esta manera el juez impondrá el castigo, al mismo tiempo que nos enseñará á librarnos de ellos.

Y no solamente los pecados han de ser expuestos al director,

(1) Cam. de perf., 37.

(2) Vida, 13.

(3) Fundac., 3.

(4) Mor., VI, I.

(5) Epist. 2.^a de S. Pablo á los Corintios, V, 18.

sino también nuestras inclinaciones, las tentaciones que más nos turban, las ocasiones en que nuestras almas encuentran peligros, porque, como además de corregir el confesor, tiene obligación de precaver, de todo punto sería imposible indicarnos todos los preservativos de pecado, si no abriésemos nuestra alma aun en sus más escondidos pliegues.

Finalmente, el que desee ser dirigido rectamente en el camino de la perfección, ha de dar cuenta á su director de los progresos que realiza en el ejercicio de las virtudes, de su método en la oración y de sus goces y sequedades. Y así dice San Juan de la Cruz (1), «que cualquiera cosa que el alma reciba, de cualquier manera que sea, por vía sobrenatural, clara, rasa y sencillamente, con toda verdad ha de comunicarla luego con el Maestro espiritual». De este modo podrá, con el auxilio y las indicaciones del maestro, subir á la cumbre de la perfección, sin miedo; porque, obedeciendo á las enseñanzas que recibiere, todo es fácil, mientras que, abandonado á sí propio, fluctuará en la elección de camino (pues hay muchos), y no elegirá el que sea más apto para la adquisición de las virtudes sólidas.

¡Cuánto adelanta un alma que se manifiesta completamente á su director! ¿Y cómo nó? El director espiritual, una vez que le descubrimos el estado de nuestra conciencia, «hace penetrar su mirada profunda é ilustrada por la fe hasta el fondo del corazón de la infancia, de la adolescencia, de la edad madura y de la vejez; porque hay lecciones de sabiduría para todas las edades, y remedios para todos los males. Ve, indaga, descubre los artificios de las pasiones, señala al penitente una multitud de víboras naciendo que el amor propio, la inexperiencia, la ligereza ó la preocupación le impiden distinguir, y que no obstante crecerían muy pronto y le desgarrarían las entrañas. Se pone en guardia, cualquiera que sea su edad ó su posición, contra una multitud de ilusiones y máximas peligrosas. Con mano firme, traza á cada estado la línea de sus deberes, y asegura sus pasos en la senda de la virtud, que en esta vida, también es la senda de la felicidad. ¿Qué cosa, decidme, qué cosa puede reemplazar á estas saludables lecciones?» (2). ¡Cuánta luz! ¿Qué mejor enseñanza? En este tribunal sagrado es en donde tienen verdaderamente cumplimien-

(1) Subida del Monte Carmelo, Lib. II, cap. 22.

(2) Gaume, *Catecismo de perseverancia*, art. Conf.

to las palabras del Profeta: «El Señor ilumina á los ciegos» (1).

Vayamos á buscar la luz. Los que cumplan con estas indicaciones, sentirán cómo el Señor va ensanchando sus corazones y llenándolos de dulzuras inefables. Y los que no hayan elegido director, háganlo. Reciban de él las enseñanzas para caminar por la vida; obedézcanle, y serán favorecidos por el Señor con bienes inapreciables.

(Continuará).

CUENTO

La conciencia.

«Tal vez aquí estará escuchando á ese fraile», se dijo Pedro entrando en la iglesia, donde á la sazón daba misiones un célebre jesuíta.

El Padre hablaba del pecado mortal, y agotados sus recursos oratorios, conminó al público, que ya que pecaran, lo hicieran alejados de la vista del Dios á quien ofendían. Pero ¿dónde existe ese lugar? ¿En la tierra? Ella es el escabel de sus plantas. ¿En el cielo? Está el solio de su gloria. ¿En los mares? Predican su majestad y grandeza. ¿Dónde, pues? En parte alguna, porque en todas está Dios.

—No, dijo Pedro entre sí—lo he de matar y nadie encontrará la huella.

Salió del templo, y embozado en su capa, aguardó tras una esquina á que saliera su compañero Juan. Un rayo de alegría satánica vibró en sus ojos. Era que salía Juan de la iglesia.

—Vamos, Juan, que quiero convidarte.

—Déjame en paz, Pedro.

—No, si has de venir.

—Te digo que me dejes.

—En vano lo intentas. Uno de ambos sobra en el mundo; tú sabes por qué.

—Es tarde y he de llegar pronto á la huerta, que está más de tres kilómetros.

—¿No quieres reñir?

—No.

—Pues, adiós.

Juan siguió su camino; miró varias veces atrás, pero no vió á nadie.

Pedro le seguía cautelosamente como zorra vengativa, con el

(1) Salmo CXLV, 8.

alma negra como la conciencia del crimen, los labios temblorosos como el aliento de la ira y la crispada mano en el puño de un cuchillo afilado y agudo.

De un sólo golpe le arrancó la vida por la espalda.

Juan no lanzó un suspiro.

Pedro lo arrojó en un hoyo, de antemano abierto, que cubrió con ramaje y tierra junto al cuchillo; se miró las manos y ropa, que vió sin gota alguna de sangre, y murmuró con diabólica sonrisa: «Nadie me ha visto, ya verán como Dios no está en todas partes».

Oyó ruido hacia la izquierda. Nada. Un gato miserable que corría, no sin mirar antes al asesino, á quien impresionó algún tanto el brillo fosfórico de los ojos del felino.

—Bah, ese no puede á nadie comunicarlo. Los gatos no hablan.

Marchó á su vivienda. Nadie lo vió en todo el camino.

Su mujer lo esperaba para cenar.

Cenó. El gato de la casa roía los huesos. Pedro lo amenazó para que se fuera. Obedeció el animal, no sin antes mirar furibundo á su amo. Este comenzaba á tener miedo.

—Chica, dijo á su mujer, mata á ese gato.

—¡Pobrecillo! ¿Qué daño hace?

—Ninguno; mávalo.

Murió el gato. Tras esta muerte siguieron muchas, porque en las casas rara vez faltan gatos, y Pedro tenía una esposa que gustaba mucho de ellos.

Pedro no podía visitar casas, haciendas, calles, plazas, donde hubiera gatos. Ver uno y ponerse nervioso hasta la exasperación era cuestión de un momento.

Los chicos y los grandes se apercibieron de la cosa, y para burlarse de mi hombre, á quien iban teniendo por loco, no hacían más que decirle: «Pedro, que viene el gato».

Pedro se resolvió á no salir de su casa, pero en toda ella aquellos dos ojos chispeantes le miraban.

Entonces cerraba los suyos; pero ¡oh tormento!, al bajar los párpados dos mil círculos concéntricos, cual pequeñas estrellitas rojas, giraban en torno de él.

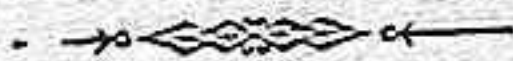
«Allí están, clamaba, con los ojos cerrados y presa de pavor indecible, allí están, que se vaya, quitádmelo de delante...

.....

El desventurado Pedro no pudo apartar de su vista la mirada de un inconsciente animal ni de su memoria el recuerdo de un crimen, que como losa de plomo, le embargaba el alma.

Era la voz de la conciencia, que no muere ni en el infierno.

¡Ay de aquellos que quieren acallar sus gritos!



Liturgia.

(Continuación).

MÍSTICA DEL TIEMPO DE NAVIDAD.—Todo, como hemos visto, es misterioso en este santo tiempo de Navidad. El Verbo de Dios, cuya generación es eterna, nace en el tiempo; un tierno Niño es Dios; una Virgen llega á ser Madre; permaneciendo, no obstante, Virgen; lo divino se mezcla con lo humano, y la sublime é inefable antítesis expresada por el discípulo amado en aquellas palabras de su Evangelio: *El Verbo se hizo carne*, se considera repetida en todos los tonos y formas en las oraciones de la Iglesia; pues resume admirablemente el gran acontecimiento que termina de unir en una sola persona divina la naturaleza del hombre y la naturaleza de Dios.

Misterio es este que deslumbra las inteligencias, pero es á la vez dulce al corazón de los fieles; es la consumación de los designios de Dios en el tiempo, el objeto de la admiración y estupefacción de los Angeles y Santos, al mismo tiempo que el principio y medio de su bienaventuranza. Veamos, pues, de qué manera lo propone la Iglesia á sus hijos bajo los simbolismos de la Liturgia.

Después de un período de cuatro semanas de preparación, imagen de los cuatro mil años del mundo antiguo, llegamos por fin al día veinticinco de Diciembre, como á un término deseado, y desde luego produce en nosotros cierta extrañeza ver que sólo este día goza de la inmutable prerrogativa de celebrar la Natividad del Señor, en tanto que el Ciclo litúrgico, todo él, parece esforzarse en encontrar cada año ese otro día tan célebre, y nunca fijo, al que va unida la memoria de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

En el siglo IV, tratando San Agustín en su célebre Epístola *ad Ianuarium* de indagar la razón de esta diferencia arriba señalada entre ambos días, presenta como fundamento de ella, que al celebrar nosotros el día del nacimiento del Salvador, únicamente nos guía la idea de conmemorar este misterio llevado á cabo por nuestra salvación, sin fijarnos para nada en el día de la semana en que tuvo lugar y que para el caso no encierra en sí significación alguna misteriosa; mientras que, por el contrario, el Domingo, día en que ocurrió la Resurrección, ha sido escogido en los altos designios de Dios, para significar un misterio, del que ha de hacerse conmemoración expresa hasta el fin de los siglos. San Isidoro de Sevilla y el antiguo intérprete de los ritos sagrados, que por mucho tiempo se ha creído es el sabio Alcuino, adoptan sobre este particular la doctrina del Obispo de Hipona.

Estos mismos autores hacen notar que, según la tradición eclesiástica, habiendo tenido lugar en un Viernes la creación del

hombre, á la vez que la muerte de nuestro Salvador para reparar la ofensa inferida á su Eterno Padre, y por otra parte que la Resurrección de Jesucristo se efectuó al tercer día, esto es en Domingo, día al que en el Génesis se asigna la creación de la luz; estas solemnidades de la Pasión y Resurrección, como dice San Agustín; no habían de limitarse á reconocer como fin único de ellas el recuerdo de los hechos, que entonces se llevaron á cabo, sino que además representaban y significaban algo misterioso y santo (1).

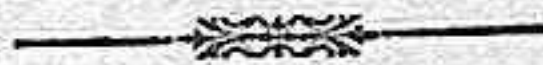
Guardémonos, sin embargo, de creer, por lo mismo que no se ha fijado en día alguno determinado de la semana la celebración de la fiesta de Navidad, que por ello está completamente desprovista de significación misteriosa. Al contrario, la tiene y es importantísima; pues, en sentir de los antiguos liturgistas, la fiesta de Navidad va sucediéndose en los distintos de la semana, nada más que para purificarlos y extirpar la maldición que el pecado de Adán había depositado sobre cada uno de ellos. Pero si profundizamos un poco más al buscar los motivos que haya podido haber para elegir dicho día y fijar en él la celebración de esta solemnidad, veremos que en él se encierra un sublime misterio: misterio que si no se refiere á la división del tiempo en los límites de ese conjunto de días, que se llama semana, viene á enlazarse, no obstante, de la manera más expresiva con el curso del gran astro que preside el día y por medio del cual la luz y el calor, es decir la vida, renacen y se conservan sobre la tierra. Jesucristo, nuestro Salvador, *la luz del mundo* (2), viene en el momento mismo en que la noche de la idolatría y del crimen reina con sus más espesas tinieblas sobre la tierra; y, coincidencia rara, el día veinticinco de Diciembre, en que se celebra el día de su Natividad, es precisamente cuando el sol material, en su lucha con las sombras y próximo ya á extinguirse, se reanima de nuevo y prepara su triunfo.

En el *Adviento* hemos señalado con los Santos Padres la disminución de la luz física, como triste alegría de los días de expectación universal; en él hemos pedido con la Iglesia nazca el divino *Oriente, el Sol de Justicia*, único que puede arrancarnos de los horrores de la muerte del cuerpo y alma. Dios nos ha escuchado y en el mismo día del solsticio de invierno, célebre por las diversiones del mundo antiguo, es cuando á la vez nos da luz material y la antorcha de las inteligencias.

(Concluirá).

(1) Epist. ad Ianuar.

(2) Ioann. VIII, 12.



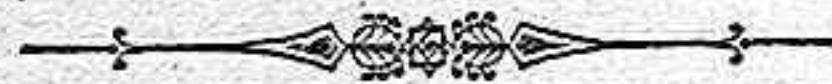
Noticias generales.

Se anuncia para el próximo mes de Agosto un nuevo Congreso mariano que se ha de celebrar en Einsiedeln (Suiza). En él se tratarán temas muy importantes, tales como las relaciones entre María y la Trinidad; entre María y los Angeles; María y la Encarnación y la Redención; María, Madre de la Iglesia y de la divina gracia, y otras cuestiones de vital interés en la teología mariana.

Se tratará también de la utilidad y organización de los Congresos marianos internacionales y nacionales; de la prensa mariana; de las Congregaciones y Cofradías de la Santísima Virgen.

El órgano oficial del Congreso para España es *El Iris de Paz*. Para más informes dirigirse á sus oficinas, en la calle de la Colegiata, 9, Madrid.

EL CATEQUISTA, amante tiernísimo de la Santísima Virgen, se adhirió desde luego á este Congreso, celebrado en honor de María, y procurará dar cuenta á sus lectores del curso de esta Asamblea.



Santorial.

Día 8, Domingo de Ramos. Santos Alberto, ob. y cf., Dionisio, Perpetuo, Redempto y Amancio, obs. cfs., Sta. Concesa, Máxima y Macaria, mrs.

Día 9, Lunes Santo. Stos. Procu- ro, Demetrio é Hilario, mrs., San- tas María Cleófé, Vautrudis, vg., y Casilda, vg.

Día 10, Martes Santo. Stos. Eze- quiel, prof., Apolonio, pbro. mr., Terencio, Africano, Pompeyo y comps. mrs., y Sta. Elvigia.

Día 11, Miércoles Santo. Santos León *el Grande*, pp. dr. y cf., Eus- torgio, pbro. y cf., Sta. Florencia,

vg. mr. ABSTINENCIA DE CARNE.

Día 12, Jueves Santo. Stos. Ju- lio, pp. cf., Zenón, ob. y mr., Con- stantino y Damián, obs. y cfs., y Stas. Visia, vg, y mr. ABSTINENCIA DE CARNE.

Día 13, Viernes Santo. Stos. Her- menegildo, rey y mr., Carpo, ob. mr., y Urso, ob. cf., y Sta. Agatóni- ca, mr. ABSTINENCIA DE CARNE.

Día 14, Sábado Santo. Stos. Jus- tino, Tiburcio, Valeriano y Máxi- mo, mrs., Próculo, ob. y mr., Lam- berto, ob. y cf., Stas. Domnina, vg. y mr., Tomaida, mr., y Liduvi- na, vg. ABSTINENCIA DE CARNE.